



Epifanía 2011

Celebramos hoy la Epifanía del Señor, es decir, la manifestación del niño nacido en Belén como luz y salvación para las gentes de todo el mundo.

La primera lectura expresa por anticipado la significación de este acontecimiento con un lenguaje poético bellísimo. Isaías se dirige a Jerusalén: “¡Levántate, brilla, que llega tu luz; la gloria del Señor amanece sobre ti!”. La luz del mundo se encuentra ahora en Belén, junto a Jerusalén.

“Mira: las tinieblas cubren la tierra, la oscuridad los pueblos”. Se trata de las tinieblas del error, del pecado. Una niebla densa envuelve los pueblos, pero sobre Jerusalén resplandece el Señor.

“Acudirán los pueblos a tu luz, los reyes al resplandor de tu aurora”. Isaías no anuncia aquí únicamente la venida de algunos magos, sino la venida de muchísimos paganos, que descubrirán la luz de Cristo y cuya vida quedará transformada por completo gracias al encuentro con Él.

Unas palabras del profeta parecen indicar la venida de los magos: “Te inundará una multitud de camellos, de dromedarios de Madián y de Efá. Vienen todos de Sabá, trayendo incienso y oro y proclamando las alabanzas del Señor”.

La segunda lectura expresa de un modo más claro este “misterio” ahora revelado. “Consiste en esto: que por medio del Evangelio los paganos comparten la herencia del pueblo elegido y las promesas de Jesucristo, y son miembros del mismo cuerpo”.

Pablo ha comprendido que el plan misterioso de Dios era precisamente ofrecer su revelación a todas las naciones, para introducir a todos los hombres en la comunión íntima con Él. Se trata de una sorprendente novedad: lo que parecía reservado al pueblo elegido, Dios lo ha comunicado también a nosotros con una generosidad infinita. La Epifanía debe ser, por tanto, para nosotros, una ocasión de acción de gracias y de renovación del testimonio misionero.

El pasaje evangélico que narra esta manifestación es bien conocido, y está presente desde siempre en la tradición cristiana como un texto capaz de provocar estupor e iluminar el corazón de los creyentes de todos los tiempos.

Jesús ha venido al mundo en Belén por medio de María, la virgen de Nazaret, esposa de José; allí los pastores, que acudieron al recibir el anuncio del ángel, contemplaron «un niño envuelto en pañales, acostado en un pesebre» (Le 2, 12.16). Jesús, el Salvador, el Cristo Señor, es ya una presencia en medio de su pueblo: nacido en Belén, es un



descendiente de David, es el Mesías, al que le espera el título de rey de los judíos. Pero es precisamente el evangelio de Mateo, tan enraizado en el ambiente judío, el que pone de relieve que Jesús es también aquel que realiza la promesa hecha a Abrahán de un descendiente en el que serían bendecidas todas las naciones de la tierra, toda la humanidad (cf. Gn 12, 1-3): desde su nacimiento Jesús es buscado y reconocido por paganos, por gentiles, entre cuya descendencia nos contamos también nosotros.

Desde el Oriente, la tierra de los buscadores de Dios, algunos sabios, los Magos, vienen a Jerusalén, la ciudad santa de los judíos. Ellos no pertenecen a la descendencia de Abrahán, no conocen al Dios verdadero y vivo: por tanto, no son conducidos por la Palabra de Dios recogida en la Ley y en los Profetas. Pero su búsqueda de Dios, su lucha anti-idolátrica, su pensar y escrutar la naturaleza, les da la posibilidad de una interpretación que los lleva a seguir la señal entrevista en la luz de una estrella. Todavía no saben que esa estrella señala hacia el Mesías (cf Nm 24, 17), pero para ellos es suficiente que traza un camino, abre un sentido.

Obedientes a la certeza nacida de su búsqueda, llegan finalmente a Jerusalén dispuestos a interrogar a la sabiduría revelada a Israel. Pero el diálogo de los Magos con los representantes oficiales de la religión de Israel representa un encuentro frustrado entre la sabiduría humana y la revelación de Dios. Porque ante el nacimiento del Mesías nos encontramos con dos actitudes contrarias: los sumos sacerdotes y escribas, encargados de interpretar las Escrituras, respondieron de acuerdo con la Palabra de Dios - “el Mesías, el Rey de Israel nacerá en Belén” (cf. Mi 5, 1) -, pero no la obedecieron ni aceptaron el cumplimiento de la profecía; los Magos, en cambio, obedientes primero a su búsqueda de Dios y ahora también a la revelación contenida en las Escrituras, reemprendieron el camino y llegaron a la casa con inmensa alegría, guiados por la estrella; entraron en la casa y allí “vieron al niño con su madre María”. También ellos, como los pastores, encuentran una realidad sencilla y humanísima que, para sus corazones que saben escuchar, es epifanía que los llena de gozo y provoca su adoración: “Lo adoraron postrados en tierra. Abrieron sus tesoros y le ofrecieron como regalo oro, incienso y mirra”.

Esta epifanía, que a través de los sabios venidos de Oriente alcanza a los gentiles y paganos, no anula la primogenitura de Israel, el pueblo al que pertenecen “la adopción filial, la presencia gloriosa de Dios, la alianza, las promesas y el origen del Mesías” (cf. Rom 9, 4-5), pero pone en evidencia también que aquel niño es dado como bendición a toda la humanidad. La universalidad de la buena noticia del evangelio es afirmada enseguida, ya desde el momento mismo del nacimiento de Jesús, y la contemplación de los Magos aparece como una profecía que se cumple en la historia de la Iglesia, cuando el evangelio alcanza a todas las gentes y a todas las culturas de los pueblos, en cuya búsqueda religiosa están presentes simientes de la palabra de Dios, soplos del Espíritu Santo. En las gentes de todas las culturas y tradiciones religiosas está presente desde la eternidad la imagen de Dios que nunca puede ser negada o anulada (cf. Gn 1, 26-27), pero necesita ser descubierta e interpretada a la luz de la manifestación de Jesucristo como “la imagen de Dios invisible” (Col 1, 15).



Carlos López Hernández

La Epifanía es la memoria de que Jesús el Mesías, el Hijo de Dios e Hijo del hombre, está destinado a la humanidad y de que hombres de todas las razas y culturas han sabido reconocerlo, y han participado en la herencia de Abrahán. No olvidemos que “ya no hay distinción entre judío o no judío” (Gal 3, 28), sino que todos los hombres de la tierra pueden encontrarse en él, “Sabiduría de Dios” (1 Cor 1, 24), fuente de gozo y vida plena.

Pero la fiesta de la Epifanía constituye para nosotros también una amonestación. Los cristianos, ¿somos capaces de testimoniar la salvación definitiva traída por Dios en Jesucristo? Como los sumos sacerdotes y los escribas de Israel, podemos meditar asiduamente las Escrituras, incluso haber sido designados para ser sus intérpretes, y a pesar de eso continuar ciegos y desobedientes a la revelación de Dios. Podemos ser muy expertos en custodiar el tesoro de las Sagradas Escrituras y celosos de nuestras certezas de fe y, sin embargo, no reconocer la constante presencia y actuación de Dios en todas las circunstancias de nuestra vida diaria. Por ello, hoy pedimos que el Señor nos dé espíritu de sabiduría y revelación para conocerlo, y que reconozcamos en el sacramento eucarístico su presencia viva y santificadora.